

David Hume

El más subversivo de los filósofos

Gerardo Laveaga

David Hume defendió una postura de desconfianza y crítica a las explicaciones racionales de la realidad, lo que fue considerado en más de un caso un rechazo del trabajo científico. Sin embargo, el filósofo escocés defensor del empirismo está de vuelta en las discusiones intelectuales de nuestro tiempo, poniendo una nota de exigencia mayor a las formulaciones teóricas que cada época crea para entender el mundo.

A la memoria de Miguel Ángel Granados Chapa

Cuando yo era niño aprendí en la escuela que había nueve planetas en el sistema solar y que los virus no eran seres vivos sino “agentes infecciosos”. Hoy, mis hijos aprenden que hay ocho planetas y, a juzgar por recientes declaraciones de algunos biólogos, los virus se considerarán, muy pronto, el cuarto dominio de la vida, al lado de las bacterias, las arqueas y los eucariotas.

¿Significa esto que, de entonces a la fecha, conocemos mejor el universo? El bondadoso, simpático y gordinflón David Hume (1711-1776) no lo habría creído así. Y habría que tomar en cuenta su opinión, pues *Le bon David*, como se le conoció cuando prestó sus servicios como secretario de la embajada de Inglaterra en Francia, es uno de los filósofos que más han influido en la forma en que vemos y desciframos nuestro entorno.

Hume atisbó los límites del conocimiento y se mofó tanto de las pretensiones de objetividad como de las especulaciones metafísicas. A tal grado que Kant inició la construcción de sus ininteligibles armatostes teóricos sólo para refutarlo. Lo mismo ocurrió con Hegel. Pero, como advirtió Nietzsche, “una sola página de Hume vale más que toda la obra de Hegel”.

Hume nació en Edimburgo en 1711 y, en su brevísima autobiografía, que no ocupa más de 15 cuartillas, confesó que su “pasión dominante” fue su “deseo de fama literaria”. No la consiguió con la que hoy se considera su obra capital —el *Tratado de la naturaleza humana*—, pero su *Historia de Inglaterra* y, sobre todo, sus ensayos, se la proporcionaron a raudales.

A pesar de su afabilidad y de la simpatía que despertó en algunas mujeres, fue un solterón empedernido.



Allan Ramsay, *Retrato de David Hume*, 1766

Eso sí, no hubo tema que le amedrentara a la hora de escribir: el suicidio, el dinero, los partidos políticos, el buen gusto, los impuestos, las supersticiones, los milagros, el matrimonio, el amor... Sus ensayos suelen dar en el blanco y se leen con pasmante facilidad. No conozco uno solo de ellos al que pueda calificar de obsoleto.

A diferencia de filósofos como Aristóteles, que empuñaron su vida en hallar “la verdad” —que la Tierra era el centro del universo, por ejemplo—, Hume desconfió de las certezas. No llegó a afirmar, como otros escépticos, que el mundo no existiera, pero fue, desde luego, un empirista radical. Para empezar, dudó de que todo tuviera una causa. O, para decirlo con precisión: de que los hombres pudiéramos determinar las pretendidas causas de las cosas. El ejemplo de las bolas de billar, que él mismo propuso, es elocuente:

Si una bola negra golpea a una roja y esta se mueve... ¿Fue la negra la que causó el movimiento de la roja o fue el golpe que el jugador dio con el taco? Si la bola negra hubiera golpeado un extremo de la mesa de billar ¿habría movido la mesa? Si la respuesta es no, sería absurdo atribuir el movimiento al golpe. Entonces, ¿la causa del movimiento de la bola roja fue la fricción con la negra, combinada a su forma esférica? ¿Y si la bola roja hubiera sido de piedra? ¿La causa del movimiento fue, pues, la forma y ligereza de la bola roja? ¿En qué momento el contacto de la bola negra la hizo moverse?

“La verdadera cuestión”, escribió Hume, “es si todo objeto que empieza a existir tiene que deber su existencia a una causa; y yo afirmo que esto no es ni intuitiva, ni demostrativamente cierto”. ¿Podemos determinar la causa de la lluvia o del viento? ¿No será que sólo podemos describir los fenómenos anteriores a que ocurra una tormenta o un huracán? Los terremotos son causados por un deslizamiento de placas tectónicas, enseñan los sismólogos, pero, ¿qué causa el deslizamiento de esas placas?

“Si atendiéramos a Hume”, denuncian sus críticos, “no existirían ciencia, tecnología, ni desarrollo”. Pero el filósofo escocés nunca se opuso a la ciencia. De hecho, era un ferviente admirador de Newton. Lo que implica entenderlo es, precisamente, lo contrario: admitir lo poco que sabemos. Su escepticismo no fue un acto de cerrazón y pesimismo sino una provocación intelectual: una invitación a seguir explorando para dotar al universo de sentido. ¿Suena esto disparatado? Veamos: en la segunda década del siglo XXI —con todas las conquistas en el ámbito de la ciencia— aún no sabemos qué es *la vida*, por más que hablemos, discutamos y pontifiquemos sobre ella.

A lo más que han llegado algunos científicos-empresarios, como Craig Venter, es a tratar de patentar la transferencia del núcleo de una célula a otra. Pero esto no es *la vida*. Hume se burlaría de las vagas definiciones que aportan biólogos y químicos, para recordarnos que aún queda un largo camino por recorrer. Los objetos y sujetos existen por *nuestra creencia*, asentó. Pensemos en los modelos atómicos y subatómicos. Aunque estos nos han permitido avances considerables (y también retrocesos, como la fisión que se logra en una bomba), nadie ha visto átomos, protones, gravitones, quarks, neutrinos o bosones, pues estos no son sino “ideas de lo concebido”: especulaciones teóricas.

Muchos físicos contemporáneos creen, de hecho, que estos modelos están agotados y deben ser substituidos. Ya no encajan con los nuevos datos que han ido surgiendo. Han propuesto, por ende, unificar los distintos mapas del mundo subatómico a través de una “teoría de las cuerdas”. Y anticipémoslo: las cuerdas también serán reemplazadas tarde o temprano.

Si la idea de las partículas subatómicas nos parece compleja, recurramos a algo más simple, como los colores: percibimos aquellos que la estructura celular de nuestro ojo puede percibir, pero ni uno más. Los estudios ópticos sobre los distintos espectros nos indican que hay muchos más colores en la naturaleza, cuyas frecuencias se cancelan recíprocamente en nuestra retina. La luz o la cantidad de conos y bastones, por otra parte, alteran la forma en que percibimos “la realidad”.

¿La realidad es, entonces, sólo lo que vemos? ¿Dónde quedan, en tal caso, los colores que no vemos... y

nunca podremos ver? A finales de febrero de 2015, en las redes sociales hubo un acalorado debate sobre un vestido que unos veían de un color y otros de otro. Un *trending topic* que involucró a la televisión, a la radio y a decenas de periódicos en medio mundo. Esto evocó a Hume, inevitablemente: ¿tenía razón al asegurar que las impresiones de cada individuo son subjetivas y que existe un mundo material independiente de nosotros?

La duda que él atizó sobre lo que se puede *conocer* por la experiencia y lo que se puede *conocer* por la razón ha significado un desafío para algunos de los titanes de la epistemología en el siglo XX, aunque ninguno ha llegado a conclusiones definitivas. Quizás Einstein tuvo razón al aseverar que no había nada casual: que todo tenía una explicación y que “Dios no juega a los dados”. Pese a ello, admitió que, en efecto, nos falta mucho por conocer y que lo que se conocía hoy podía perder sentido mañana.

Einstein murió frustrado por no haber logrado refutar la “incertidumbre” que predicaron Niels Bohr y los promotores de la física cuántica, quienes sostenían —y siguen sosteniendo— que los principios que rigen a los cuerpos visibles no rigen a las partículas subatómicas, las cuales se rigen por reglas cambiantes y hasta aleatorias.

A propósito de Dios, Hume consideraba que este no era sino la respuesta que damos a aquello que desconocemos. A quienes le preguntaban cómo explicaba que hubiera mares, árboles y montañas, les respondía que, en efecto, un dios podría ser la causa. Pero también diez... o ninguno. No había un solo elemento que pudiera demostrar cualquiera de estas hipótesis. Este agnosticismo le costó que le negaran la cátedra de filosofía moral de la Universidad de Edimburgo.

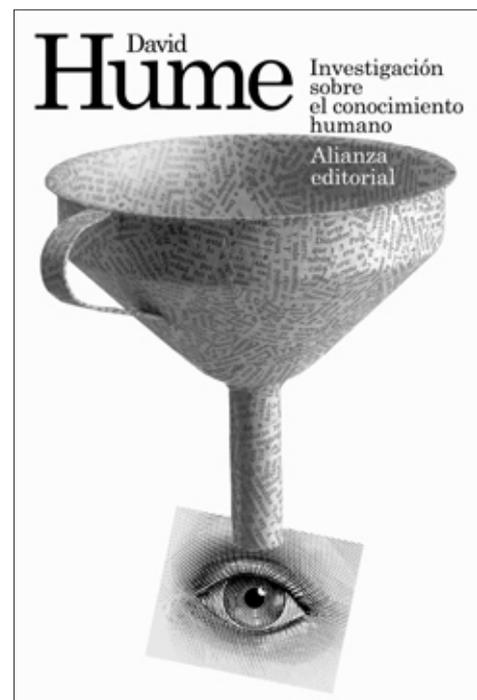
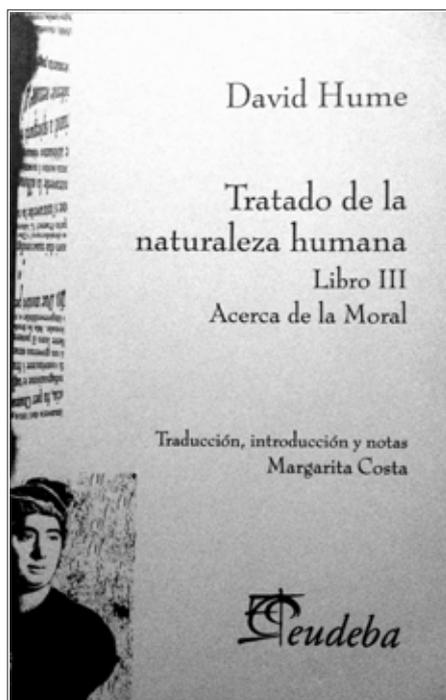
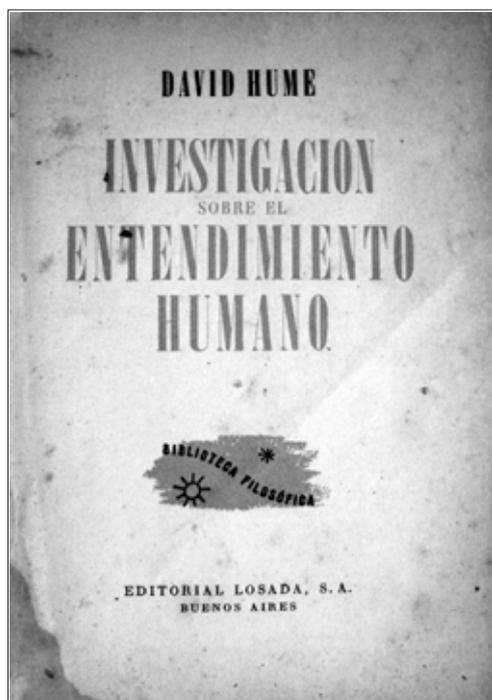
Ahora que las neurociencias empiezan a desentrañar la química de los sentimientos y a sugerir que estos y las emociones son tan relevantes como la inteligencia para comprender el desarrollo de nuestra civilización y nuestro desenvolvimiento como individuos, Hume vuelve a ponerse de moda.

Si, para Platón, las pasiones eran cual caballos desbocados y era la razón la que debía conducirlos por el camino del bien, Hume sostenía que quien controlaba la vida, quien iba en el pescante del carruaje —el auriga— no era la razón sino las pasiones: queremos dinero, sexo, prestigio, poder... son estas pasiones las que acicatean a los caballos para que nos conduzcan hacia nuestros objetivos: “¿Cómo me hago rico?”, “¿cómo seduzco a esa persona para convertirla en mi amante?”, “¿cómo consigo ser rector de la Universidad?”.

“La razón es, y sólo debe ser, esclava de las pasiones, y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas”, escribió Hume. Hoy suponemos (aunque mañana esta teoría pueda resultar obsoleta), que son nuestras hormonas y neurotransmisores los que, a fin de cuentas, explican nuestros impulsos básicos, los cuales son “aderezados”, más adelante, por “la razón”.

Al igual que Spinoza, Hume desconfió del libre albedrío y llevó sus inquietudes al terreno de la moral: ¿Qué nos hace ser buenos? ¿Los sentimientos o la razón? Su conclusión fue que el fundamento de la moral eran los sentimientos, que nos llevaban del dolor al placer. Aunque él no dispuso de los elementos contemporáneos para ahondar en “la causa” de estos sentimientos, estuvo acertado en su diagnóstico.

Pensemos en lo que llamamos *amor*. “Es imposible definir las pasiones del *amor* y el *odio*”, anticipó, pero creía que entre uno y el otro sólo mediaba la interpre-



tación que un sujeto hiciera de las cualidades de otro. La narrativa que tenemos en el siglo XXI al respecto es que se trata, básicamente, de un proceso bioquímico, donde ciertas sustancias nos generan placer: los “lazos afectivos” son resultado de una afortunada combinación de vasopresina, dopamina y oxitocina.

A esta luz, el individuo que carece de la cantidad adecuada de estas sustancias no experimentará nunca el *amor*. Así de simple. Podrá aducir que esto se debe a que sus padres lo maltrataron de niño o a que tuvo mala suerte. Da igual. Quien no posee oxitocina en las cantidades habituales, no sólo no “deseará” tener hijos sino que la sola idea le parecerá desagradable, independientemente del coeficiente intelectual que tenga. De acuerdo con estos “avances”, Juan Jacobo Rousseau, que acusó a Hume de haberle querido asesinar... y que abandonó en un hospicio a sus cinco hijos, carecía de suficiente oxitocina.

Pero no sólo no estamos seguros de lo que “explica” el amor sino, tampoco, de lo que “explica” la conducta agresiva. Según recientes estudios, hay personas que poseen una enzima de monoamino oxidasa (MAOA) que elimina la dopamina. Esta enzima, al parecer, explicaría una conducta violenta. La cadherina 13 (CDh13), por su parte, interviene en la comunicación entre las neuronas y parece tener, asimismo, un papel en las conductas criminales.

Cuando César Lombroso, en el siglo XIX, habló del determinismo en la criminalidad, se le acusó de loco. Él ignoraba todo lo que hoy sabemos sobre genética, e intentó hacer predicciones con base en el lóbulo de la oreja y la forma de la nariz de los individuos. Pero todo indica que su intuición iba bien encaminada. Hoy se le considera el padre de la criminología.

Como abogado, me intriga lo que provoca que un sujeto asesine, viole o torture. Las teorías psicológicas y las sociológicas aportan respuestas contradictorias y el tema de la *culpabilidad* suscita acalorados debates entre los “expertos”. La dogmática penal, por su parte, establece propuestas variopintas sobre la autoría y participación en un delito, según las escuelas a las que se pertenece. Nada hay firme a estas alturas.

Paradójicamente, en materia de justicia, Hume sostuvo que esta no era una “virtud innata”, pues requería “de un artificio o proyecto debido a las circunstancias y necesidades de los hombres”. Hoy, él mismo se sorprendería al enterarse de que los etólogos han documentado que no sólo los niños más pequeños, sino muchas especies de animales, nacen con rudimentos de lo que denominamos justicia y hasta solidaridad.

¿Entonces la inteligencia no sirve para nada? De acuerdo con Hume, sí: para proporcionar explicaciones a lo que ocurre, a lo que hacemos o dejamos de hacer: “La idea de *sustancia*, como la de *modo*, no es sino una colección de ideas simples, unidas por la imaginación y

que poseen un nombre particular asignado a ellas, mediante el cual somos capaces de recordar —a nosotros o a otros— esa colección”. Es nuestra capacidad de nombrar y designar la que nos permite ordenar aquello que nos rodea y llamarlo *realidad*.

Esto vale también para la política. Términos como *bien común*, *libertad*, *justicia*, *democracia* o *equidad* son equívocos. La narrativa con que un grupo envuelve cada uno de estos términos no es, necesariamente, la narrativa del otro. “La verdad nos hará libres”, enseñó Jesús. Pero la pregunta de Pilatos aún no ha sido respondida: ¿qué es la verdad? Y, más aun: ¿qué verdad? ¿La de la Iglesia católica o la del ejército islámico? ¿La del gobierno de Corea del Norte o la del de Singapur? Cada grupo, cada facción de poder, insiste en poseerla para dominar a los otros. “La verdad”, puntualizó Foucault —discípulo inevitable de Hume—, “es el gran instrumento en manos del poder”. Tenía razón. De aquí que los cuestionamientos de Hume resulten tan incómodos para cualquiera que intente presentarse como defensor del *bien común*, la *libertad*, la *justicia*, la *democracia* o la *equidad*. Algo de esto desarrolla Edmundo Morgan en su libro *La invención del pueblo*.

En julio de 1776, James Boswell visitó a Hume en sus últimos días: “Le encontré solo, reclinado en su salón. Estaba flaco, cadavérico, como de tierra... Se parecía poco a la figura oronda que solía representar”, atestiguó. Boswell le preguntó si no temía a la muerte, a lo que él respondió que la idea de la inmortalidad no era sino una fantasía. “Pero, ¿no le teme a la aniquilación total?”, se alarmó Boswell. Con absoluta serenidad, Hume le respondió que, ahora que muriera, iría al mismo sitio donde estaba antes de haber nacido: ¿qué temor podía inspirarle aquel lugar?

Fue en esa época, por cierto, cuando Hume redactó *My Own Life*, donde admite que su muerte se aproxima y se declara feliz de haber vivido sus 65 años con plenitud: “Poseo el mismo ardor de siempre en el estudio y la misma alegría al verme acompañado”, se ufanó. En fechas recientes, Christopher Hitchens y Oliver Sacks, imitando al filósofo escocés, publicaron textos similares, ante la cercanía de su muerte.

Hume no pudo enterarse de los avances científicos que hoy nos deslumbran y en sus tesis es fácil hallar inconsistencias. Pero la lección que nos dejó es que el mundo y el universo se hacen y deshacen todos los días en nuestra mente, a partir de los confusos datos empíricos que reconstruimos a diario. Todo es cosa de organizarlos y reorganizarlos, como hemos venido haciéndolo desde que el hombre es hombre. Más que certezas, hay repeticiones... No podemos dar nada por supuesto. A lo más que podemos aspirar es a tolerar las distintas percepciones de la realidad con las que topamos a diario y hacer llevadera y gozosa nuestra efímera existencia. **U**